



Apuntes sobre Autoctonía y Etnicidad

Marcio Veloz Maggiolo



Se supone que una sociedad autóctona se presenta como una organización humana que ya es antigua en un territorio dominado por grupos o sectores de una sociedad mayor, sea ésta colonial, nacional o de cualquiera otra índole.

Por tanto es innecesario explicar que, cronológicamente, la sociedad envolvente es paralela, en tiempo y espacio actuales, con la sociedad autóctona, pero no comparte, necesariamente, los supuestos y modos de vida arcaicos.

El concepto de «lo autóctono» nos lleva a pensar en una sociedad original, originaria, que ha sido detectada por un proceso de reconocimiento y contraposición con los nuevos valores detentados y traídos por gentes nuevas que son las que «descubren» y definen la autoctonía de los antiguos habitantes del sitio, considerándola como un proceso vital diferente.

Entonces tenemos que la autoctonía, en su concep-

ción más generalizada, se presenta como la definición que se contrapone a la no autoctonía. No ser autóctono es, de alguna manera, no haber pertenecido a las sociedades antiguas, en el caso presente, reconocer que no se descende de la antigua cultura considerada originaria. La sociedad global, envolvente, no comparte los modelos de vida de la sociedad considerada autóctona, y en tal sentido la autoctonía va quedando como una actitud cultural que se presenta como formando parte de un marco étnico, de una etnicidad.

En el proceso de colonización de América, por ejemplo, las sociedades implantadas de modelo europeo generaron una visión etnocéntrica que tendió siempre a considerar las sociedades dominadas como grupos de menor importancia. Culturas con un apreciable desarrollo fueron reducidas por el etnocentrismo europeo a modelos admirables sólo porque presentaban progresos que el propio europeo consideraba excepcionales. Todo el colonialismo fue, y lo ha sido la fase neocolonial, altamente etnocéntrico. Las sociedades dominadas y alienadas quedarían como residuos, relictos más bien, de culturas que se consideraban «superadas» gracias a ese evidente adelanto que los conquistadores esgrimían basados en una tradición tecnológica hereditaria, como era la tradición de la guerra.

El desarrollo bélico del conquistador, producto de una tradición del mismo tipo, el conocimiento de armas y explosivos, y la facilidad de dominación que esta tecnología produjo, ayudó a un engrosamiento del etnocentrismo que siempre consideró como inferiores las culturas americanas del período de contacto.

Con el paso del tiempo, el proceso capitalista, el crecimiento de la sociedad burguesa, y de las clases sociales bien específicas, las sociedades autóctonas —muchas de ellas con un alto grado de desarrollo, como fue el caso de numerosas culturas africanas expoliadas— han sufrido la afrenta de ser presentadas y a veces convertidas en «Muestras» del estado «primitivo» de las primeras gentes que los supuestamente más «adelantados» encontraron en cada sitio.

Una sociedad autóctona parecería ser, pues, un relicto, un testimonio étnico de una sociedad que la sociedad global considera radicalmente superada. En una sociedad autóctona deberían reproducirse, de alguna manera, algunos de los aspectos socioeconómicos, políticos y sociales también «superados» por la sociedad global.

La sociedad autóctona, bajo estos parámetros, y dentro del proceso de explotación general del hombre por el hombre, o del dominio político para implantación de sistemas nuevos, es una especie de adánica preservación del pasado en el presente. Pasa a ser un objeto «antropológico», una forma expresiva de momentos históricos que la sociedad global —sea cual sea— considera superados.

Sin embargo, las sociedades llamadas autóctonas fueron las que recibieron toda la violencia del impacto colonialista primero, y capitalista después, en un buen número de casos. Debieron ser reducidas a fuerza de trabajo para el logro de las implantaciones sociales nuevas; debieron aportar sus experiencias culturales para que las mismas fuesen aprovechadas en el proceso de adaptación de los nuevos dominadores; debieron donar, entregar sus prácticas de supervivencia por la fuerza de la aculturación para el establecimiento colonial o neocolonial o para cambios sociales inopinados en cualquier parte y época de la humanidad, y adquirieron su característica denominación de autóctonas cuando, a pesar de todo, fueron diferenciadas por la explotación.

Así la autoctonía es un recurso de identificación que no proviene del grupo étnico conquistado o asimilado, sino del grupo étnico conquistador o penetrador. Los primeros habitantes de cualquier zona son autóctonos en relación con posteriores habitantes de la misma. Para los hispánicos que conquistaron el Caribe, los grupos caribes y arawaks serían los autóctonos habitantes del ámbito, pero para estos caribes y arawaks que hicieron contacto en la más lejana prehistoria con grupos recolectores, sin agricultura y sin organización tribal, serían éstos los

autóctonos. Por esa razón las sociedades autóctonas son como una cadena que se extiende hacia el pasado. En cada punto del pasado encontraremos pueblos para nosotros autóctonos que a su vez consideran autóctonos a pueblos anteriores a ellos.

Para fijar el concepto de sociedad autóctona, sin embargo, debemos partir de un criterio definitorio. Consideramos que la aparición del colonialismo y del capitalismo define las fronteras de la autoctonía. La incorporación de grandes zonas mundiales a un sistema de explotación que buscó nivelar la fuerza de trabajo en aras del capital y de la acumulación originaria del mismo, trajo como consecuencia una articulación social nueva, unas relaciones de producción que sustituyeron a ciertas modalidades productivas en numerosos puntos del planeta. Las sociedades autóctonas fueron definidas como tales en función del capitalismo, y nos parece que toda sociedad autóctona, aparte de su antigüedad en el territorio de origen, presenta los rasgos de una sociedad precapitalista.

La autoctonía se produjo y acaso se mantiene a veces dentro del desarrollo de modos de vida y modos de producción no capitalistas, en los que aún no entraba la acumulación originaria, ni las relaciones de producción que convirtieron al valor de uso en moneda, y en objeto masivo de mercado. En las sociedades autóctonas, la clase social dominante, si es que la hay, distribuye y redistribuye la riqueza, el acceso a la producción, rige la organización social y controla la fuerza de trabajo, sin convertir el mismo en una modalidad de enriquecimiento personal. Modelos híbridos vendrían después, con la conquista, y remanentes de los mismos se entreverán en la actividad de muchas sociedades consideradas autóctonas, pero en términos generales, a nuestro juicio, la conquista, la esclavitud, la colonización y el capitalismo generaron la frontera entre lo autóctono y lo nacional.

Las líneas de unidad de la sociedad autóctona provienen de valores precapitalistas. Por esa razón una sociedad autóctona es una sociedad etnocéntrica, microetnocéntrica en relación con el macrocentrismo de la sociedad global.

Creemos que el concepto de «sociedad autóctona», aunque parezca claro, es confuso, y por lo tanto, poco operativo. Una sociedad autóctona lo es en relación con un grupo que se considera a sí mismo «no autóctono». La sociedad burguesa actual, que comparte en el modelo nacional, por ejemplo, un territorio simultáneo con la sociedad autóctona, que envuelve en su sistema económico a la misma, y que incluye en su proyecto nacional de alguna manera a esos «pueblos testimonio», como los llamara Ribeiro (1), fija la definición de autoctonía de éstos tanto en la distancia temporal —vienen del pasado— como en la distancia cultural —son diferentes de nosotros— de la sociedad dominante.

Así, los «ciudadanos» arawaks, o guajiros, o warao, o shipibos, son sociedades autóctonas en la medida en que puedan ser considerados como integrados o «integrables» al proceso económico global y al modelo de explotación o de uso de los mismos de manera positiva para la sociedad dominante.

La autoctonía siempre ha sido una diferencia hecha por los de arriba, y por lo tanto la denominación de *autéctono* tiene un gran matiz procedente de la dominación misma. El etnocentrismo dominante es el generador de la idea de autoctonía, y muchas veces el sociocentrismo de clase, tan común en los procesos del capitalismo naciente, floreciente luego, con su secuela colonialista y neocolonialista.

Como vemos, lo que definiría la autoctonía de los pueblos y culturas «testimonio» sería su proceso vital, su organización interna, su unidad étnica. Si la medida de eso que llamamos autoctonía no puede ser establecida claramente sino mediante una confrontación dialéctica con el dominador, entonces la unidad cultural y étnica, que acarrea una previa visión del mundo y de sus problemas, resulta un eje fundamental para reconocer actitudes autóctonas que son un prototipo social procedente de formas precapitalistas, con supervivencia de muchos de sus elementos definitorios, entre los cuales las características étnicas —entendidas como proceso interno de

identificación cultural— serían el más claro y expresivo rótulo de definición. Bajo esta premisa grupos como los llamados caribes negros, miskitos, lapones, podrían ser considerados, a partir de su identificación étnica, como sociedades autóctonas también. En el caso de miskitos, caribes negros y otros grupos surgidos de un proceso cultural casi endógeno, ellos heredaron, en principio, elementos culturales de sociedades locales, manteniendo durante largo tiempo características ajenas a la sociedad global. Sería un punto de estudio bien interesante establecer cómo nace y se mantiene hasta cierto punto vigente el valor autóctono, conservando, hasta cierto punto, una frontera propia y no la establecida por la sociedad nacional.

Al parecer, la autoctonía se convierte en un proceso vital marginal al contacto con la conquista y con el conquistador. Cuando hablamos de conquista lo hacemos del modo más amplio. La no incorporación o la resistencia de la sociedad nativa al proceso nuevo de producción, genera, por lo menos, una separación ideológica y material de la sociedad global en desarrollo. Por esa razón las sociedades autóctonas se protegen dentro de un denso proceso etnocéntrico. La unidad de una sociedad autóctona que se defiende y teme perder su organización interna, sólo puede ser mantenida con un reforzamiento endógeno de su propia identidad, cuando comienza la atracción ejercida por los nuevos mercados y las clases sociales.

Las sociedades autóctonas de muchos territorios americanos mantienen una fuerte dosis de etnicidad para contener la atracción casi física que produce el nuevo esquema. Los lacandones de México, así como otros grupos del mismo país, muchas tribus selváticas amazónicas y orinocenses, grupos de cazadores de Australia o Africa, mantienen y mantuvieron, hasta su definitiva absorción por la sociedad global, una relación distanciante que buscaba y busca preservar valores étnicos que son opuestos a los de la economía capitalista, aunque el destino de estas sociedades parezca ser el de algún día ser asimiladas, absorbidas o desplazadas físicamente por el modo de producción imperante.

La sociedad autóctona, vista así, tiene visos de una sociedad que se caracteriza también por una lucha abierta o solapada, contra su etnocidio, o sea, contra la desaparición de los valores de su identidad. Los valores de esa identidad, sin embargo, están íntimamente relacionados con la organización social, y con el modo de vida, que tiene mucho que ver con la forma cómo se organiza la fuerza de trabajo para el proceso de adaptación humana. Los medios de trabajo de la sociedad autóctona son, por así decirlo, un factor cohesionante de su ideología. Así, la tierra, principal de ellos, al ser alienada por el proceso colonial, capitalista, neocapitalista, multinacional o como quiera llamársele a partir de aquí, atenta de inmediato contra la organización social y contra el esquema de valores tradicional. Hay que suponer que una dislocación de la organización del trabajo se habrá de reflejar en la ideología de la sociedad tradicional.

Por debajo de la identidad cultural, en los sustratos de la identificación hombre-paisaje, hombre-tierra, está la organización ideológica, la superestructura de la sociedad autóctona. Por esa razón un cambio drástico del modelo productivo, la incorporación de las sociedades nativas a nuevas relaciones de producción, generó y genera una desorganización del aparato superestructural. Las sociedades autóctonas detentaron la tierra por razones de subsistencia y no de plusvalía; un golpe contra la propiedad colectiva o social, o contra algunos modelos autóctonos de sociedad con asomos de propiedad privada, significa una desarticulación en el engranaje social. Para nadie es un secreto —porque está ampliamente documentado— que la sociedad étnica que podríamos llamar «autéctona» en América, al ser lanzada a un nuevo modo de producción y hacia modelos de vida totalmente nuevos, perdió el dominio ritual y técnico del agro y de los elementos que religaban ambos aspectos, produciéndose un desajuste en la relación tribal tierra-hombre, medio ambiente-hombre, lo que se convirtió en verdadero caos cuando se estableció drásticamente el nuevo sistema de relaciones de producción. Las fuerzas de trabajo, generalmente propiedad de la comunidad o de un sector de ésta, funcionaron en beneficio privado (2).

Godelier ha señalado con razones específicas que en las sociedades tribales las relaciones de parentesco son a la vez relaciones de producción (3). Lo superestructural tiene, por tanto, una función material y lo material tiene a la vez un resultado ideológico.

La sociedad nacional, la cultura nacional, o las sociedades globales en general, funcionan siempre como un gran imán etnocéntrico. El etnocentrismo es un proceso de autovaloración común a todas las sociedades, pero funciona de acuerdo con la base ideológica del grupo humano dominante dentro de una sociedad. Así, la sociedad nacional, con sus valores burgueses, o con sus valores progresistas, puede considerar atrasado todo aquello que no se comporta dentro de sus parámetros. Una sociedad autóctona, por lo tanto, es reveladora en el fondo para la sociedad nacional o de otro tipo, de un clima de rebeldía que puede dar al traste con un proyecto planificado dentro de los parámetros del desarrollo o del proceso de cambio que la sociedad global exige y ha planificado.

En 1975 viajamos a los caños del río Orinoco, para la serie de investigaciones arqueológicas que en los Castillos de Guayana, Venezuela, habían iniciado los investigadores venezolanos Mario Sanoja e Iraida Vargas, de la Universidad de Caracas. Pudimos visitar entonces las aldeas y asentamientos de varios grupos warao que todavía sin incorporarse del todo a la sociedad nacional, presentaban los síntomas de asimilación más simples. Los warao fueron recolectores y pescadores de los caños del Orinoco y cuencas aledañas durante centenios. Su modo de vida no tenía relación con la agricultura al primer contacto con los conquistadores; sus primeros contactos comerciales se realizaron a partir de la conquista hispánica, al través del intercambio de productos de recolección por instrumentos de uso práctico. Posteriormente, y posiblemente en el período republicano, comenzaron a ser también agricultores, y completaron su dieta con carbohidratos que conjuntamente con las proteínas de la recolección cárnica, estableció un ajustado balance dietético. Dentro de su proceso autóctono, los warao equilibraron largo tiempo su supervivencia con este sistema, sin dejar de producir intercambio también beneficioso.

La plena economía de mercado entró en funciones para ellos en pleno siglo veinte, y se hizo permanente y estable con el desarrollo de algunas ciudades, entre las cuales se encuentra Tucupita, cuyo auge está relacionado con el surgimiento de la gran presa del Caroní y de la industria del acero representada por la Corporación Venezolana de Guayana. La economía de mercado convirtió a los warao de las cercanías de Tucupita en proveedores de pescado y tubérculos para los puestos de intermediarios. La moneda, conocida pero sin grandes funciones anteriores, asentóse y entró a formar parte inevitable del «stock» cultural de los warao. Y se produjo, por lo menos en ese grupo visitado por nosotros, un interesante fenómeno: los valores comunitarios comenzaron a cambiar, la gente—inconsciente de que la conversión de una libra de pescado en una Coca Cola afectaba la salud— usó la moneda para obtener las mercaderías de la sociedad nacional. Las relaciones de producción cambiaron: la recolección y el cultivo ya no fueron un proceso de supervivencia y de equilibrada regimentación, sino una manera de adquirir dinero que trastocó duramente el ecosistema casi agotado por la presión de la nueva explotación. La organización social tribal se convirtió en una organización tribal no tradicional en donde el cacique se hizo dirigente político, y se transformó en comerciante cuando comprendió que el dinero podía duplicarse no solo vendiendo el producto, sino comprando los productos de la sociedad de consumo cuyos valores promovió ya el mismo cacique con el apoyo del nuevo sistema. Los warao de los caños cercanos a Tucupita cambiaron su producción vital por monedas con las que compraron y compran los objetos representativos de la sociedad nacional: nuevos valores han surgido. Así el pescado y los tubérculos no producen ya un intercambio que genera alguna vestimenta e instrumentos de producción como machetes y azadas; los warao, incorporados al comercio, consuman la simbología «civilizadora»; la producción se transmuta en gaseosas, golosinas, plásticos, alimentos enlatados, etc. La moneda, con su poder de compra, y su aceptación general, rompe definitivamente la relación ecológica, abriendo el camino hacia un contacto que genera un desequilibrio en el que la alimentación tradicional, que no

era del todo positiva, viene a menos, abriendo el camino hacia las tuberculosis, las anemias, y la baja en la defensa biológica captadora de nuevas enfermedades y fallas. El contacto con la sociedad global ha sido, como se ve, dislocador. El nuevo modo de producción influye, al solo contacto, en la modificación de las relaciones de producción de la sociedad considerada autóctona. No digamos que el proceso de etnocidio es solo aquel que es planificado y dirigido, digamos también que en el modelo presentado puede notarse que toda sociedad nacional o global, de cualquier tipo, es casi siempre etnocida a pesar suyo.

Si las sociedades globales, al entrar en contacto con las sociedades autóctonas recibieron de ese contacto los beneficios que esperaban, ¿qué esperan hoy de una sociedad autóctona? Es una pregunta para los gobernantes y políticos; para los que rigen el destino de los pueblos y las naciones. Nosotros, personalmente, creemos que de las sociedades autóctonas, se espera muy poco. Para numerosos grupos nacionales, para ciertas clases sociales, las sociedades autóctonas o sus remanentes son un obstáculo para el tipo de «desarrollo» que el proyecto nacional o global plantea. Así la sociedad autóctona es un relicto destinado a desaparecer; por lo menos así se le considera, por lo que en lo que se considera un acto de máxima benevolencia, algunas sociedades nacionales han determinado que la permanencia de ciertas sociedades autóctonas es útil en la medida en que son un modelo del pasado, una forma superada, más que un mecanismo positivo para la nueva sociedad.

Dentro del proceso capitalista y nacional actual, la sociedad autóctona que no ha pasado ya al rango de sociedad campesina, es una especie de forma cultural que preserva, de modo museístico, el folklore, ciertas tradiciones que deben quedar como *reserva*, pero además como parte de ciertas *raíces* para los curiosos del futuro.

El destino de muchas sociedades autóctonas es, pues, la vivisección: ahí están los grupos indígenas que en muchas de nuestras naciones son presentados como una

curiosidad al turista, quien con su camarita Kodak se lo traga o los lleva de regreso con júbilo orgásmico a los más connotados puntos de la llamada «civilización».

Al microcentrismo tribal, a veces minorista, de las sociedades autóctonas, se opone el etnocentrismo regional y nacional de pueblos repartidos en parcelas políticas que son naciones. Al microcentrismo étnico de las sociedades autóctonas, se opone también el macrocentrismo regional y político: «la cultura occidental», la «cultura europea», mitos que aglomeran el quehacer de mucha gente disímil y de muchas sociedades diferentes, y que se usan como una unidad en beneficio de ideologías muy específicas.

Es una escalera axiológica que va desde el valor etnocéntrico y micrométrico de la sociedad aislada, hasta el esquema de valores de un mundo que legitima sus ideologías en función de sus objetivos expansionistas.

A la legitimación de los valores nuevos está unido el desprecio hacia los valores autóctonos.

Al desprecio de los valores autóctonos se une la necesidad de sustitución de los mismos por el valor de la sociedad dominante.

A la sustitución del valor autóctono por el de la sociedad dominante se une la incorporación, por medio de un proselitismo funcionalista, del colonizado al proceso de trabajo de la sociedad nueva.

A la incorporación del colonizado, o del alineado, se agrega entonces la idea de «progreso» como una expresión que pasa a ser antítesis de la autoctonía. Autoctonía entonces modelo simpático del pasado que ha sido superado. Autoctonía, en una palabra, significa atraso.

La incorporación de la sociedad autóctona al proceso nacional se hace por varias vías, pero la más expedita ha sido la de convertir al autóctono en campesino. La agricultura ha sido la vía de remodelar las relaciones

de producción a partir del colonialismo y del inicial proceso colonial: nuevo régimen de propiedad, nuevas relaciones de producción.

El autóctono que se incorpora a la nueva sociedad abandona sus valores —comienzan a resultarle infuncionales— pero tiene dificultades para aceptar los nuevos valores proclamados por sus dominadores. Deberá comenzar a incorporarse, por encima de los valores de su identidad cultural, a la identidad nacional, a la identidad global del nuevo proceso económico. Pasa a ser, por lo tanto, abanderado de una nueva cultura y de un nuevo modelo de actividad económico-social.

Como miembros de la nueva sociedad los autóctonos colonizados y mercadizados supuestamente entran en la historia. Perrot y Preiswerk analizan muy certeramente el hecho de que los pueblos colonizados son considerados dentro de la historia sólo cuando han entrado en contacto con la llamada «cultura universal». Mientras fueron pueblos autóctonos su historia no existió para los colonizadores; fue el contacto con el dominador el que los incorporó de pronto a un modelo histórico que nunca los consideró seres históricos (4). La sociedad de clases es una sociedad que ha hecho de la historia su propio documento, y en esta historia entran solo aquellas acciones que tienen relación con los que escriben la historia. Así la incorporación de las sociedades autóctonas al sistema global, a la sociedad de clases, conserva la idea hegeliana de que sólo los pueblos estatalmente organizados son pueblos históricos. Ya dentro de los límites del estado, los pueblos autóctonos adquieren o adquirieron para los dominadores sentido histórico. La explotación de que fueron y son víctimas les abre las puertas de las muchas veces amañada historia nacional.

Para terminar estas líneas, quiero citar un ejemplo de como todavía en 1970, un manual de Historia de Francia (5) omite la presencia de parte de la sociedad autóctona en las Guayanas del siglo XVII, cuando trata de justificar la presencia del colono como salida hacia el «desarrollo» de este territorio.

«Como las Antillas, Guayana producía azúcar, algodón, cacao, pero todavía estaba *débilmente desarrollada* (subrayado M.V.M.) en 1763. Contaba con alrededor de 1.200 blancos, 200 mulatos y 5.000 negros. Choiseul intentó desarrollarla. En un año (1763-64) envió más de 10.000 colonos, pero como consecuencia de una mala organización y de las epidemias, el intento resultó un desastre y se debió repatriar a los sobrevivientes» (6).

El párrafo demuestra que el tratadista sólo está interesado en la fuerza de trabajo activa. La ausencia de la posible población indígena en la estadística presentada por el autor es bien característica. En ese momento para el tratadista la sociedad autóctona no existe, no tiene para él el carácter histórico que le imprime el colonialismo, ya que aún no ha sido totalmente incorporada al proyecto global del dominador como parte del proceso productivo.

Algunas consideraciones

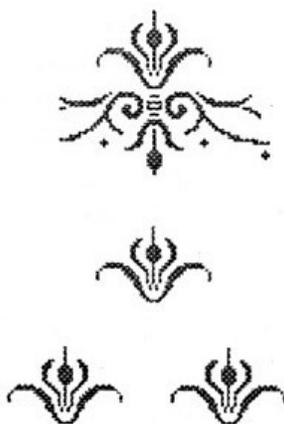
Las sociedades autóctonas, tal y como las hemos visto, son consideradas por muchas sociedades nacionales y grupos sociales, como un relicto arqueológico, histórico, documental, folklórico. Como una presencia cultural superada. Si en principio estas sociedades fueron usadas al través de su experiencia medioambiental como el camino para la implantación, su historia actual, marcada por el etnocidio y el ecocidio—ruptura de sus principales medios naturales de producción— ha forzado su incorporación dentro del sistema de la nueva sociedad. Aquellas sociedades autóctonas que aún permanecen ajenas en parte al sistema nacional y a la sociedad global, han tenido que densificar su etnocentrismo para proteger su unidad, su identidad cultural, ya que la característica básica de ellas es la identidad étnica.

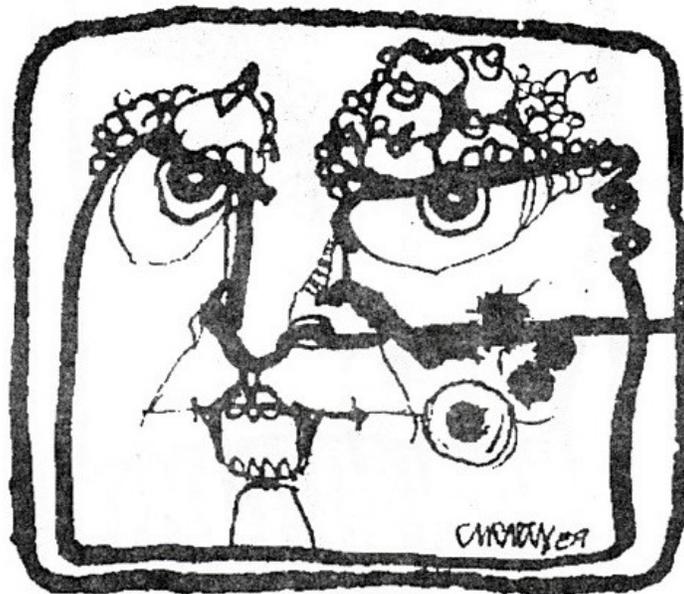
Es difícil establecer una alternativa clara para la solución del problema de su desaparición, que nos parece una forzada realidad. Creemos, sin embargo, que lo importante es entender y ayudar positivamente los valores de estas sociedades de modo que las mismas, en trance de desaparición, hagan un tránsito social justo, sin ser vícti-

mas de la explotación y el desalojo, dentro de un proceso en el cual sea la propia sociedad la que reajuste sus patrones, y no la sociedad nacional la que imponga violentamente las salidas. Aunque estas soluciones sólo pueden darse dentro de un proceso revolucionario, con cambios de estructuras radicales, no siempre el proceso revolucionario ha entendido esta necesidad.

He presentado como formativas de un momento posterior a la conquista algunas sociedades como las miskito, caribes negros, que por su unidad cultural y acopio étnico definido, llegaron a constituir sociedades autóctonas a partir de un proceso de hibridación social, y he propuesto estudiar sus características formativas, para explicarnos un poco como se produce la galvanización de valores en un proceso de adaptación medioambiental que genera una nueva identidad étnica. Creo que estudiarlas en función de su autoctonía, producto de la violencia colonizadora, constituye un interesante proyecto para los antropólogos sociales.

El tema podría ser más extensivo, pero suponemos que la discusión de esta temática puede ser más provechosa que la opinión personal con la que hemos intentado despertar inquietudes y temas para la discusión.





NOTAS

1. Darcy Ribeiro. *Configuraciones* (Méjico: Sept-Setenta Ediciones, 1972).
2. Mario Veloz Maggiolo. «Sobre el problema de la identidad nacional» en *Sobre cultura y política cultural en la República Dominicana* (Santo Domingo: Alfa y Omega Editores, 1980).
3. Maurice Godelier. «Modos de producción, relaciones de parentesco y estructuras demográficas» en *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas* (Méjico: Siglo XXI Editores, 1979).
4. Dominique Perrot y Roy Preiswerk. *Etnocentrismo e historia* (Méjico: Editorial Nueva Imagen, 1979).
5. J. Michaud. *El Renacimiento y los tiempos modernos 1492-1789* (París: Hachette, 1970), citado por Perrot y Preiswerk, *Ibidem*, 1979.

Tomado de *Terra Ameriga*, N° 44-45 (diciembre de 1986), Génova: Associazione Italiana di Studi Americanistici.

